

Los libros de *Ramón*

El 3 de julio de 1988 se cumplieron los cien años del nacimiento de *Ramón*, hecho ocurrido «a las 7 y 20 minutos de la tarde, en Madrid, en la calle de las Rejas n.º 5, piso 2.º», «un piso oscuro en una calle oscura», según explica el mismo *Ramón* al comienzo de *Automoribundia*.¹

Como se sabe, sólo ha existido un *Ramón*, aunque a mayor abundancia, tenía apellidos: Gómez de la Serna, que según propia confesión, estaba por dejarse olvidados encima de un banco de la calle para «quedarme ya para siempre sólo con ese Ramón sencillote, bonachón, ...» que le agradaba y gustaba de escribir en letras mayúsculas.²

Ramón ejerció de madrileño abierto al mundo y de él deberán decirse muchas cosas en esta oportunidad, si es que no es silenciado el acontecimiento porque los que definen lo que interesa, decidan que recordar a *Ramón* no interesa.

De todas formas, su obra literaria ahí está —¡más de 70 libros!— y con ella un arte, las «greguerías», en el que ha tenido imitadores más bien flojos que no discípulos.

También tenemos a mano un testimonio muy directo que nos permite acercarnos a la persona que fue. Es su despacho, con sus libros, sus papeles y los —es necesario reconocerlo— estrafalarios chismes que lo decoraban, con los que *Ramón* creó su peculiar ambiente.

El plausible interés del Ayuntamiento de Madrid en conservar la memoria de este su ilustre hijo, llevó a la adquisición de continente y contenido del mencionado despacho, mediante acuerdo económico y moral con su viuda Luisa Sofovich.

Desde Buenos Aires, donde residió los últimos veintisiete años de su vida, fue trasladado y lo tiene quien quiera visitarlo en los altos del Museo Municipal de la calle de Fuencarral.³

No sé si la planta y distribución del despacho están fielmente reconstruidas; parece ser que sí.

Al visitante, lo primero que le salta a la vista es su modestia. Ni estilo ni calidad. Muebles de baratillo y estanterías escuetas. Puede ser muy bien la oficina de trastienda de un pequeño negocio, lo que se corresponde con la vida de un hombre que estuvo siempre rozando el umbral de la pobreza.

La nota ramoniana, el carácter impreso de quien tenía en aquel ámbito su lugar de creación, reside en el conglomerado de objetos que lanzan sobre el visitante una vaharada irónica y desenfadada.

¹ *Automoribundia*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1948, p. 15.

² *Ibíd.*, p. 18.

³ Agradezco a doña Mercedes Agulló, Directora del Museo Municipal, y a todo el personal del mismo, las facilidades recibidas para llevar a cabo este trabajo.

Si el visitante es de los que tienen la funesta manía semiótica puede darse un verdadero festín de interpretaciones, lo que, seguramente, seguirá regocijando a *Ramón* al que, en el fondo, lo que le gustaba era provocar.

Seguramente se me habrá escapado algo, pero para dar una idea, he aquí un inventario del contenido extrafuncional del despacho:

un maniquí-busto de mujer

otro maniquí, también de mujer, de cuerpo entero

dos pájaros disecados en su nido

una botella llena de cuentas de colores

la anatomía del sistema circulatorio humano

un bidón de 5 litros de aceite, industria argentina, con la litografía de *El caballero de la mano en el pecho*

unos espejos en forma de silueta

una caja y paleta para pintar

tres biombos con «collages» de fotos de periódico

una contraventana

un soporte luminoso para ver radiografías

un jarrón lleno de bolas de colores

un tambor

pájaros y mariposas de cerámica posados por las paredes

un gnomo de cerámica

un diablo como los propios de Oruro (Bolivia)

una pipa gigante con tabaco

quince pipas pequeñas

bolas doradas y plateadas y una cometa, pendientes del techo

una pistola antigua

una caja con mariposas

un gran ojo anatómico humano

dos tarros de cerámica; en uno pone: IDEAS; en el otro: OPIO

una copa llena de bolas de colores

varios pisapapeles de cristal

el esqueleto de una tortuga

una gran rana, tres gatos y un gallo, de cerámica

un corazón de estudio anatómico

un barco dentro de una botella

un gato y una bruja en chapa

un farol de coche

Una vez repuesto de la indudable impresión, el visitante puede concentrar su atención en el otro contenido importante del lugar: los libros.

Si hay algo de cierto en esa frase de Margarita Yourcenar: «una de las mejores formas de recrear el pensamiento de un hombre: reconstruir su biblioteca»,⁴ resulta incitante acercarse a lo que interesaba, preocupaba o vinculaba a *Ramón*, observando sus libros.

Pero lo primero que uno se pregunta es si *esa* es verdaderamente su biblioteca.

Según lo refiere *Ramón* en *Automoribundia*, por tres veces perdió sus libros. En las dos primeras ocasiones, su biblioteca hizo de medio de pago en una situación de insolvencia económica.

La primera vez fue cuando tomó la decisión de construirse el «chalet ideal» en Estoril, «que entonces era algo dulce y herméticamente separado del mundo». En esta casa, *El Ventanal*, invirtió la pequeña herencia de su padre y lo que ganó con un segundo premio de la lotería. Durante dos años vivió un sueño que un día se vino abajo. La amarga lección que recibió tras el derrumbe de sus ilusiones de vivir en Estoril el resto de su vida —pura imposibilidad de sostener *El Ventanal* y de sostenerse—, lo concretaba en la siguiente reflexión: «Yo pensaba que hay dos cosas que no deben hacerse: comprarse un baúl armario y construirse un hotel».⁵

Tuvo que vender su «chalet ideal», muebles incluidos, y la biblioteca, «que se llevó a bajo precio un librero de viejo que a su vez puso un anuncio que me sorprendió en los diarios: “Véndese a biblioteca do Exm^o Sr. Ramón Gómez de la Serna”. ¡Qué vergüenza! ¡Yo que por no poder llevar mucho equipaje en mi huida había vendido algunos libros dedicados por autores portugueses!»⁶

La segunda vez fue en Nápoles. También en esta ciudad, adonde llegó en viaje directo desde Estoril, decidió instalarse para siempre. «La luz de Nápoles es la que mejor me ha sentado en la vida y siempre sostendré que allí está el rincón ideal del mundo.» «Si yo fuese millonario no lo dudaría y después de toda mi experiencia del mundo me iría a Nápoles para vivir mis últimos días.»⁷

De nuevo se le frustró el proyecto porque en Nápoles «hay que tener dinero de verdad —a la hora fija y sin escatimación—». «Mi piso entresuelo que daba al jardín público era admirable pero a la larga insostenible.»

Salió de allí sin decir adiós a la portera y dejando a la dueña de la casa todo lo que en ella poseía.

El tercer adiós a sus libros fue bastante más dramático.

En trance de comenzar la guerra civil, *Ramón* se reconoce completamente desorientado. «Yo confundía unas cosas con otras. En la *Revista de Occidente* caía en grandes errores políticos. Estaba errorizado y horrorizado.»⁸

Los acontecimientos llegan inexorablemente; comienzan los tiros y los cañonazos en Madrid. *Ramón* coloca colchones en las ventanas, como hacía su abuela en los disturbios de su tiempo. «No salí de casa en algunos días y coloqué la librería del diccionario

⁴ Margarita Yourcenar, *Memorias de Adriano*, EDHASA, Barcelona, 1984, p. 245.

⁵ *Automoribundia*, p. 447.

⁶ *Ibíd.*, p. 449.

⁷ *Ibíd.*, pp. 457-459.

⁸ *Ibíd.*, p. 609.